



Las obras de Roald Dahl  
no solo ofrecen historias apasionantes...

¿Sabías que un 10% de los derechos de autor\* de este libro se destina a  
financiar la labor de las organizaciones benéficas de Roald Dahl?



Roald Dahl es muy famoso por sus historias y poemas; pero no es tan conocido por su labor en apoyo de los niños enfermos. Actualmente, la fundación **Roald Dahl's Marvellous Children's Charity** presta su ayuda a niños con trastornos médicos severos y en situación de extrema pobreza. Esta organización benéfica considera que la vida de todo niño puede ser maravillosa sin entrar a valorar lo enfermo que esté o su esperanza de vida.

En el **Roald Dahl Museum and Story Centre**, en Great Missenden, Buckinghamshire (la localidad en la que vivió el autor), puedes conocer muchas más historias sobre la vida de Roald Dahl y sobre cómo su biografía se entremezcla con sus historias. Este museo es una organización benéfica cuya intención es fomentar el amor por la lectura, la escritura y la creatividad. Asimismo, dispone de tres divertidas galerías con muchas actividades para hacer y un montón de datos curiosos por descubrir (incluyendo la cabaña en la que Roald Dahl se retiraba a escribir). El museo está abierto al público en general y a grupos escolares (de 6 a 12 años) durante todo el año.



**Roald Dahl's Marvellous Children's Charity** (RDMCC) es una organización benéfica registrada con el número 1137409.

**Roald Dahl Museum and Story Centre** (RDMSC) es una organización benéfica registrada con el número 1085853.

**Roald Dahl Charitable Trust** es una organización benéfica recientemente establecida, que apoya la labor de RDMCC y RDMSC.

\* Los derechos de autor donados son netos de comisiones.



[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

Título original: The BFG

© 1982, Roald Dahl Nominee Ltd.

© 1982, Quentin Blake

© De la traducción: Julio Hermoso

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-368-1

Impreso en Ecuador por Nuevo Arte

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Junio 2016

Primera reimpresión en Santillana Ecuador: Abril 2017

Directora de la colección: Maite Malagón

Editora ejecutiva: Yolanda Caja

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



# El Gran Gigante Bonachón

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleo



*Para Olivia*

*20 de abril de 1955-17 de noviembre de 1962*

Los personajes de este libro son:

HUMANOS:

La reina de Inglaterra

Mary, la doncella de la reina

El señor Tibbs, mayordomo de palacio

El jefe del ejército de tierra

El jefe de las fuerzas aéreas

Y, por supuesto, Sophie, una niña huérfana

GIGANTES:

El Tragamofletes

El Quebrantahuesos

El Estrujaseñores

El Mascaniños

El Sudacarnes

El Zampamollejas

El Aplastanenas

El Embotellasangres

El Carniceronte

Y, por supuesto, el GGB

Sophie no podía dormir.

La brillante luz de la luna se colaba por una rendija entre las cortinas e iluminaba justo su almohada.

Hacía horas que los demás niños del cuarto estaban profundamente dormidos.

Sophie cerró los ojos y permaneció tumbada, casi sin moverse. Intentó dormirse con todas sus fuerzas.

De nada sirvió. La luz de la luna era como una hoja de plata que atravesaba la habitación justo hasta su rostro.

La casa estaba en absoluto silencio. No llegaba una sola voz desde el piso de abajo, ni tampoco se oía un solo paso en el de arriba.

Tras la cortina, la ventana se encontraba abierta de par en par, pero nadie pasaba tampoco por

la acera en el exterior. No circulaba ningún coche por la calle. No se oía el más leve ruido por ninguna parte. Sophie jamás había sentido un silencio semejante.

Tal vez, se dijo, aquello fuese lo que la gente llama la hora bruja.

10 Alguien le contó una vez entre susurros que la hora bruja es un momento especial en plena noche, cuando todos los niños y todos los mayores están muy dormidos, profundamente, y todas las cosas oscuras salen de sus escondrijos y tienen el mundo entero para sí.

La luz de la luna brillaba sobre la almohada de Sophie con más fuerza que nunca. Decidió salir de la cama y cerrar la rendija de las cortinas.

Si te pillaban fuera de la cama después de apagar las luces, entonces te castigaban. Aunque dijese que tenías que ir al cuarto de baño, no aceptaban aquello como excusa, y te castigaban igual. Pero ahora no había nadie despierto, Sophie estaba segura de ello.

Alargó la mano para coger las gafas, que aguardaban sobre una silla junto a su cama. Tenían la montura de acero y unas lentes muy gruesas, y So-

phie apenas podía ver nada sin ellas. Se las puso, se deslizó fuera de la cama y anduvo de puntillas hasta la ventana.

Sophie se detuvo al llegar ante las cortinas. Le daban ganas de colarse por debajo de ellas y asomarse por la ventana para ver qué pinta tenía el mundo justo ahora, cuando se palpaba la hora bruja.

Escuchó de nuevo. Todo estaba en un silencio sepulcral.

Sus ganas de asomarse se volvieron tan fuertes que no las pudo resistir. Veloz, metió la cabeza por debajo de las cortinas y se asomó por la ventana.

En la plateada luz de la luna, aquella calle del pueblo que ella conocía tan bien tenía un aspecto completamente distinto. Era como si las casas se encorvasen y se torciesen, como las casitas de los cuentos. Todo parecía pálido y fantasmal, blanquecino como la leche.

Alcanzó a ver la tienda de la señora Rance al otro lado de la calle, donde podías comprar botones, lana y trozos de elástico. No parecía de verdad. Como si estuviera oscura y envuelta en la niebla.

Sophie dejó ir la mirada calle abajo, más y más lejos.

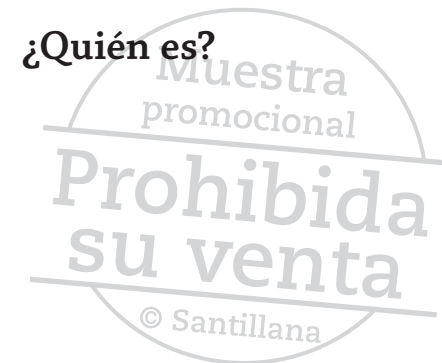
De repente, se quedó paralizada. *Algo subía por la calle, en la acera de enfrente.*

*Era algo negro...*

*Algo alto y negro...*

*Algo muy alto y muy negro y muy delgado.*

12



No era humano. No podía serlo. Era cuatro veces más alto que el más alto de los seres humanos. Era tan alto que la cabeza le llegaba por encima de las ventanas del primer piso de las casas. Sophie abrió la boca para gritar, pero no emitió ningún sonido. Tenía la garganta paralizada por el miedo, igual que el resto del cuerpo.

13

No había la menor duda, aquella era la hora bruja.

La silueta alta y negra venía hacia ella. Se mantenía muy pegada a las casas de la acera de enfrente, escondida en los lugares oscuros a los que no llegaba la luz de la luna.

Avanzaba y avanzaba, cada vez más cerca, pero se movía en intervalos. Se detenía, y luego arrancaba, aunque se volvía a detener.

Pero ¿qué diantre estaba haciendo?

¡Ajá! Ahora lo veía Sophie. Se estaba detenien- do delante de cada casa. Se paraba y echaba un vis- tazo por la ventana del primer piso de cada casa de la calle. En realidad, tenía que agacharse para poder mirar por las ventanas. Así de alto era.

Se detenía y se asomaba. Luego pasaba a la si- guiente casa y se volvía a detener, y miraba por la ventana, y así de casa en casa por toda la calle.

Estaba ahora mucho más cerca, y Sophie pudo verlo con mayor claridad.

Lo observó detenidamente y decidió que tenía que ser una especie de PERSONA. Resultaba obvio que no era humano, pero era sin duda una PERSONA.

Una PERSONA GIGANTE, tal vez.

Sophie forzó la mirada a través de la calle nebli- nosa bajo la luz de la luna. El Gigante (si fuera eso lo que era) vestía una larga CAPA NEGRA.

En una mano sujetaba algo parecido a una TROMPETA MUY LARGA Y DELGADA.

En la otra mano llevaba un MALETÍN GRANDE.

El Gigante se había detenido ahora justo de- lante de la casa del señor y la señora Goochey, que tenían una verdulería en la calle Alta, y la familia vivía en el piso de arriba de la tienda. Sophie sabía

que los dos hijos de los Goochey dormían en la ha- bitación que daba a la calle, en el primer piso.

A través de la ventana, el Gigante se asomó al interior, donde dormían Michael y Jane Goochey. Desde el otro lado de la calle, Sophie contenía la respiración y observaba.

Vio como el Gigante daba un paso atrás y deja- ba el maletín en el suelo. Se inclinó y lo abrió. Sacó algo del maletín. Parecía un tarro de cristal, uno de esos cuadrados con una tapa que se enrosca. Desenroscó la tapa del tarro y vertió el contenido en el extremo de la larga trompetilla.

Sophie observaba, temblorosa.

Vio que el Gigante se volvía a enderezar y que introducía la trompeta por la ventana abierta del cuarto del primer piso donde estaban durmien- do los hijos de los Goochey. Vio que el Gigan- te tomaba aire con fuerza y buf, soplaba por la trompetilla.

No produjo ningún sonido, pero fue obvio para Sophie que, fuera lo que fuese lo que había en el tarro, el Gigante lo había soplado con la trompeta al interior del dormitorio de los Goochey.

¿Qué podría ser?



Cuando el Gigante apartó la trompetilla de la ventana y se inclinó para recoger el maletín, volvió la cabeza y miró hacia la acera de enfrente.

A la luz de la luna, Sophie captó la imagen de una cara enorme, pálida, arrugada y con las orejas enormes. Tenía la nariz afilada como un cuchillo, y, sobre la nariz, dos ojos relucientes; y aquellos ojos estaban mirando directamente hacia Sophie. Su mirada era temible y diabólica.

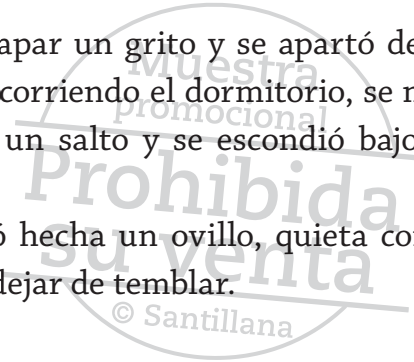
16



Sophie dejó escapar un grito y se apartó de la ventana. Atravesó corriendo el dormitorio, se metió en la cama de un salto y se escondió bajo la manta.

Allí permaneció hecha un ovillo, quieta como un ratoncito y sin dejar de temblar.

17



## El rapto

18 Bajo la manta, Sophie aguardaba.

Pasado un minuto, más o menos, levantó una esquina de la manta y echó un vistazo al exterior.

Por segunda vez aquella noche, a Sophie se le heló la sangre y quiso gritar, pero no hizo ningún ruido. Allí, en la ventana, con las cortinas abiertas de par en par, se encontraba el enorme, pálido y arrugado rostro de la Persona Gigante, observando el interior. Los ojos negros y brillantes estaban clavados en la cama de Sophie.

Un instante después, una gigantesca mano con los dedos pálidos entró serpenteando por la ventana, seguida de un brazo que era tan grande como el tronco de un árbol, y aquel brazo, la mano y los dedos atravesaban el dormitorio hacia la cama de Sophie.

Esta vez sí que gritó, pero solo durante un segundo, porque, rápidamente, la enorme mano se

posó encima de su manta, y el grito quedó ahogado por las sábanas.

Sophie, encogida bajo la manta, sintió que la agarraban unos dedos muy fuertes, que la levantaban de la cama con manta y todo y que la sacaban por la ventana entre sacudidas.

Si eres capaz de imaginar algo más aterrador que te pudiese pasar en plena noche, estaré encantado de escucharte.

Lo peor de todo era que Sophie sabía exactamente lo que estaba pasando aunque no podía ver cómo sucedía. Sabía que un Monstruo (o un Gigante) con un enorme rostro alargado, pálido, lleno de arrugas y con ojos amenazadores se la había llevado de su cama en plena hora bruja, y ahora la estaba sacando por la ventana con la voz amortiguada por una manta.

Lo que sucedió a continuación, en realidad, fue lo siguiente: cuando el Gigante tuvo a Sophie fuera, dispuso la manta para poder agarrar las cuatro esquinas a la vez con una de sus enormes manos, con Sophie atrapada en el interior. Con la otra mano cogió el maletín y aquella especie de trompetilla larga y salió corriendo.

19

Sophie se retorció dentro de la manta y consiguió asomar la cabeza justo debajo de la mano del Gigante. Miró a su alrededor.

20 Vio como pasaban a toda velocidad las casas del pueblo a ambos lados. El Gigante corría a toda prisa por la calle Alta. Corría tan rápido que su capa negra se batía a su espalda como las alas de un pájaro. Cada zancada que daba era tan larga como una pista de tenis. Salió corriendo del pueblo, y no tardaron en atravesar veloces los campos bajo la luz de la luna. Los setos que separaban los campos no eran un problema para el Gigante: le bastaba pasarlos por encima con una zancada. Apareció un ancho río en su camino. Lo cruzó volando de un salto.

Sophie se agazapó en la manta, mientras miraba por la rendija. Iba dándose golpes con la pierna del Gigante como un saco de patatas. Dejaron atrás campos, setos y ríos, y, pasado un rato, un pensamiento aterrador se instaló en la cabeza de la niña. «El Gigante corre muy deprisa —se dijo ella— porque está hambriento y quiere llegar a casa tan rápido como pueda, y entonces me comerá para desayunar».



El Gigante siguió corriendo y corriendo, aunque se produjo un curioso cambio en su manera de correr. De repente, fue como si metiese una marcha superior. Más y más rápido iba, y enseguida corría a tal velocidad que el paisaje se volvió borroso. El viento azotaba las mejillas de Sophie e hizo que le llorasen los ojos, le sacudía la cabeza hacia atrás y le silbaba en los oídos. Dejó de sentir que los pies del Gigante tocaban el suelo, y tuvo la extraña sensación de que volaban. Era imposible saber si pasaban sobre la tierra o sobre el mar. Había algo mágico en las piernas de aquel Gigante. El viento se hizo tan fuerte contra el rostro de Sophie que la niña tuvo que volver a agacharse en el interior de la manta para evitar que se le volara la cabeza.

¿De verdad era posible que estuviesen cruzando océanos? Desde luego que a Sophie le daba esa